apaleado
sin fronteras
si España cae
digo
es un decir
si cae
siempre cae en su pecho.

José Alberto Santiago

El discurso de yerba

Oda didáctica en Vallejo

I

Vallejo dice: hoy la muerte
está cavando una llovizna sobre los pensamientos
y las letras,
letradas fervorosas sobre los epitafios de la
piedra.
No es decir corazón, apenas se hace larva
la cavidad pulsante de una boca que, haciendo daño,
alumbra.
Que mordiendo se adhiere y se constela
sobre los feldespatos y los sílices,
como la yerba efímera, para que sea durable la
palabra.
No es decir corazón, ah, si al lado,
se vierte esplendorosa como araña la parturienta
sombra de esas letras.
Reteniendo su caza, como araña.
Porque es ese momento el que agoniza para que, devorado
por nosotros,
avive con nosotros su memoria.
Así es el morir: se ve su oro
y su moneda falsa. Y el vocablo, que es agonía y
vida, se desdobla
abriendo y desbrozando la maleza
con su machete brujo, su miseria, su guarnición de

yerbas y su labio,
labio de luna airado, responsable, frenético y caído
entre las jergas
de la caducidad doliente y húmeda,
de la sonora oscuridad que hiere y canta.

Ah, tú, el más perdido entre las sombras.
Corazón malsonante, alimentado por los abrojos duros
de la encía
y la encarnada menta de una sílaba,
contradictoriamente introducida en la conversación
agria y celeste.
Ah, tú, el más perdido entre los malos trovadores.
Porque quisieron imitar tu desorden.
Cuando tu desaliño se blandía entre la gasa de las
modas y la música
de los cafés cantantes del poeta.
Como un pañuelo triste que le decía adiós a los vi-
sillos,
al disimulo de los bailes y a las miserias del
idioma.
Tan rumorosamente en contra de los relojes manejados
por los gobernadores del oxígeno,
los notarios del agua, los fiscales de la respiración
fonética, ah susurro,
suave látigo de fronda,
armado hasta los dientes contra la falsa vida efímera,
entrando con tu miel por los resquicios del alma silabante,
luz nerviosa
en la faringe oscura de las rosas.

II

Porque quisieron imitar tu orden.
Como si fuera dado a todos conciliar al esparto
y su gramática.
Meter la hélice y la fronda
en la revolución del dulce higo
con su gusano dentro y su palabra, agónico en el
roce y en la forma
de desdecir su tiempo y su maraña.
Porque la confusión de la existencia, encabritada
hacia la fronda aérea,
halla su plenitud, su hacha y su grandeza,
en el boscaje musical colérico,
pura tripa raspante entre el helecho de las adormecidas

sombras desmayadas
y los significados de la muerte espesa.
Ah, duro Orfeo hirsuto de malezas.
Oscuro verbo crepitante, tenso, en el expresionismo
del cadáver
que cada voz encierra como larva.
No es el alcanfor el que enmudece.
No está tu traje limpio en la carcoma.
No es el terror oscuro el que hace mueca de tus
labios.
Sino la compostura de tu voz es la que cuelga, ho-
rrible, en la alacena.
para que los parásitos se coman
tu palpitante hombro, tu cabello sesgado, tus oje-
ras de forajido dulce, hondo,
tu hosco numen
de polen trasquilado por lloviznas de pequeñísimas
tijeras.
Ah, tú, en blancos folios de camisas, de algodón
inclemente, de roperos
cerrados siempre a las triviales musas.

Predico para siempre tu agria leche
mezclada y removida, como un volteo de campanas, con
la melaza oscura de tu infancia.
Arpa pedestre y carromato ácido, ruido de Casiopea
aherrojada. ¡Arácnido
de posesión estomacal!
Vallejo expresionado en la devoración y en la ternura
de los significados últimos del verbo.
Como su fuera un flato en medio del vergel hediondo
de cerezas,
cuando agonizo junto al agua verde.
Así es el tiempo ripio vomitado entre mis dos suspi-
ros medio ángeles.
Cuando las babilonias de la yerba resumen esta gloria
efímera
en el malentendido de unos versos
como si fuera arrope, música, que debería esperar la
muerte oscura
sobre las cañas húmedas. Comprendo
que cardos y mejunges y boticas aclararían la voz
expresionista,
delirante en la infancia de los juncos que la ribera
lleva hacia el ocaso;

que es tarde, tarde, que un olivo llora,
que las estrellas maten tu lenguaje,
que quiera sofocar este discurso
el pasto de las yerbas y las lápidas, cuando el relente
cierne su ternura
sobre el labio frenético. Oh, responso,
antistrofa mortal de la elocuencia.
Breve, el coro de grillos, tan acorde de tu mucha
existencia derramada,
aflora entre los gritos y el ahogo
como un espejo de exterminio, aceña, condenación
locuaz del agua dulce
en donde, río abajo, van los sones y las palabras
moribundas. Ora,
ora triste y nocturna,
como un espanto declamado, un asma, un ave grito o
un discurso yerba.

Rafael Soto Vergés

Pruebas de amor

Quisiera hoy ser feliz de buena gana.
C.V.

Cortaré mandrágoras para el alma taciturna
armarás carabelas rumbo a mares selenitas
dilapidarán sus jornales los antepasados
volverá Vallejo al revés de las aves del monte
dibujarás horóscopos en piedra andalucina
aromaré jazmines en los ojos del tullido
y la voz del jorobeta en los muñones de un ciego.

Juan José Téllez Rubio